

**GLOBALIZACIÓN Y DEMOCRACIA**

Agradezco la organización de este Foro Temático tan oportuno en el tiempo y en el espacio. Al mirar este maravilloso y colorido mar de gente estoy seguro que vamos a tener éxito, porque vamos a proyectar globalmente a nuestra querida Colombia como un país donde los ciudadanos, los movimientos y las asociaciones luchan por la democracia, los derechos humanos, la paz, y por una política alternativa de drogas.

¿En qué contexto debatimos hoy la cuestión de la democracia en nuestros países y en el mundo?, es decir, ¿en qué situación nos encontramos? Lo que caracteriza a la sociedad moderna es que es una sociedad en la que hay una discrepancia interesante entre las experiencias que vivimos y las expectativas que tenemos. Las sociedades antiguas eran sociedades en donde había una simetría entre experiencias y expectativas: El que nacía pobre, moría pobre; quien nacía analfabeto, moría analfabeto. Por el contrario, la sociedad moderna ha intentado recrear esta discrepancia: quien nace pobre, puede morir rico; quien nace iletrado puede morir como padre de un médico o un abogado. Esa posibilidad de que las expectativas sobrepasen las experiencias es fundamental para nuestra interpretación del mundo, y para llamar esa discrepancia usamos diferentes palabras: progreso, desarrollo, modernización, revolución, reformismo. En suma, espera con esperanza.

Hoy vivimos un tiempo en que, para la gran mayoría de la población mundial, esta discrepancia se invirtió: las experiencias actuales son probablemente muy difíciles, pero las expectativas son todavía peores. Es decir, la idea de que si hay una reforma a la salud, a la seguridad social, o a la educación, no es para mejorar sino para empeorar. Por eso hoy la gran mayoría de la población mundial espera sin esperanza. Pero no es simplemente que las expectativas son negativas, es que para una gran parte de la población mundial ni siquiera hay expectativas. Hoy tenemos un colapso total de expectativas: quien come hoy no sabe si comerá mañana; quien está vivo hoy puede estar muerto mañana; quien envió a su hijo a la escuela este año, no sabe si lo podrá enviar el año entrante.

Este colapso de expectativas es el colapso de la sociedad misma, el colapso del contrato social, es el contrato de las poblaciones desechables, son procesos de exclusión irreversibles. La gente deja de ser ciudadana, y es el paso de la sociedad civil a los que llamo *sociedad incivil*: tanta gente que vive con desigualdad y donde hay un colapso total de expectativas porque dependen totalmente de fuerzas poderosas sobre las cuales no tienen ningún control. El obrero está contratado hoy, pero si no hay un contrato colectivo o una ley laboral, mañana puede no tener empleo, y no tiene ninguna posibilidad de reaccionar.

Esta capacidad que los poderosos tienen de veto sobre la vida de los débiles y los vulnerables permite que emerja en nuestras sociedades un fenómeno que he llamado el *fascismo social*. No es un régimen político: es un régimen social, una forma de sociabilidad, de desigualdades tan fuertes, que unos tienen capacidad de veto sobre la vida de otros. Da lo mismo si hay libertad contractual porque la parte más débil tiene que aceptar las condiciones del contrato, por pésimas que sean, porque no tiene otra alternativa. Son sociedades donde emerge la violencia, una violencia política que asume dos formas: la violencia política organizada, y una violencia llamada común, pero tan masiva que de hecho es una forma despolitizada de violencia política.

Corremos el riesgo de vivir en sociedades que son políticamente democráticas pero socialmente fascistas.

¿Cómo fue esto posible? En los años 80, con la globalización neoliberal, terminó una tensión creativa que existía entre democracia y capitalismo. Esa tensión era creada por las siguientes ideas: primero, el trabajo era un motor de ciudadanía. Al inicio, el contrato social era muy excluyente pero los trabajadores lucharon para tener derechos y el trabajo era un motor de ciudadanía. Hoy en día, este motor se quedó dentro del marco de la sociedad y la economía nacional, y la economía globalizada ha hecho una cosa muy sencilla: el trabajo es un recurso global, pero no hay un mercado global de trabajo, entonces el trabajo dejó de ser un motor de ciudadanía.

El segundo mecanismo de esta tensión es que el Estado ha empezado, a través de la lucha de los obreros, las mujeres, las clases populares, a crear interacciones no mercantiles entre los ciudadanos. Si alguien se enferma, tiene dos alternativas: si tiene dinero va al médico; si no, tiene dos opciones – si hay un sistema público, acude a este, o si no, se muere. Pero la idea es que en la

salud, como en la educación, el Estado creó la posibilidad de una interacción no mercantil entre ciudadanos. Si alguien se enferma hay un sistema de salud que hace que no se vea obligado a ir al mercado de los servicios médicos. El Estado fue el gran agente de creaciones de interacciones no mercantiles. Pero desde los años 80, la globalización neoliberal ha invertido totalmente esto. Hoy en día el Estado es un agente de interacciones mercantiles. Las privatizaciones de los servicios públicos son exactamente esto – la transformación de relaciones que no eran mercantiles en relaciones completamente mercantilizadas: la educación, la seguridad social.

El Estado ha hecho esto debido a la presión global; él, que hasta entonces era considerado una solución para nuestros problemas, pasó a ser nuestro problema. La solución, entonces, está en la sociedad civil. Esta es una inversión total de una idea anterior muy clara: el Estado no es el contrario de la sociedad civil, sino su espejo. Un Estado democráticamente fuerte podía crear una sociedad civil fuerte; un Estado democráticamente débil nunca crearía una sociedad civil fuerte. Pero desde los años 80, la idea opuesta es la que domina: para que la sociedad civil sea fuerte es necesario que el Estado sea débil.

¿Qué instrumentos tenemos para salir de esta situación? Teníamos dos grandes instrumentos para crear expectativas positivas, pero se fueron: el reformismo y la revolución. De alguna manera la caída del Muro de Berlín es el símbolo de la crisis simultánea del reformismo y de la revolución. En la modernidad occidental no había reformismo, ni Estado de bienestar sin revolución, y tampoco había revolución sin reformismo. Los dos entraron en crisis simultánea, y nuestra situación hoy es compleja porque vivimos un tiempo demasiado tardío para ser post-revolucionarios, y demasiado prematuro para ser pre-revolucionarios.

Entonces, ¿qué tenemos? Para trabajar tenemos apenas dos instrumentos hegemónicos que pretenden reponer la lógica y una estabilización de expectativas: la democracia y los derechos humanos. Son dos semánticas, dos lenguajes competitivos de la lucha por la dignidad en una sociedad indigna. Pero como instrumentos hegemónicos significa que sus promesas de dignidad no pueden ser cumplidas. De hecho, las democracias existentes conviven con tanto despotismo social que eso es claro para nosotros.

Por otro lado, hay mucho sufrimiento humano injusto que no constituye una violación de los derechos humanos. ¿Qué hacer, entonces? Parto de una

idea básica: una cosa es un instrumento hegemónico y otra cosa es el uso hegemónico de un instrumento hegemónico, es decir, en lo hegemónico vamos a buscar las semillas de la contra hegemonía. Una característica de los instrumentos hegemónicos es que, si no hay democracia, se despolitizan, se banalizan con la violencia y la violación de los derechos humanos. Las muertes se trivializan, una vez más, y la vida sigue.

Lo que se propone es repolitizar y radicalizar los derechos humanos y la democracia. Lo que queremos proponer es reinventar la tensión entre democracia y capitalismo, para que alguna vez el objetivo de esta democracia sea hacer que el mundo sea cada vez menos confortable para el capitalismo, que un día podamos tener una alternativa. Si el socialismo tuviera hoy en día una definición sería, a mi juicio, democracia sin fin.

Hoy en la teoría política hay muchas ideas sobre alternativas democráticas pero todavía necesitamos, no sólo alternativas, sino un pensamiento alternativo de alternativas. Este tema de la democracia es uno de los más exigentes para los pueblos del Foro Social Mundial porque la democracia es el único régimen político legítimo hoy en día. La globalización neoliberal ha decidido que la democracia sea ahora una de las condicionalidades del Banco Mundial y del FMI. Aquí hay un problema porque la globalización neoliberal dice que no hay alternativa a la democracia, pero nosotros buscamos una alternativa a la globalización neoliberal.

¿Significa eso que queremos una alternativa a la democracia? No, lo que queremos es una democracia alternativa. La globalización neoliberal no lucha por la misma democracia que se propone acá, la globalización alternativa solidaria por la cual luchamos tiene otro concepto de democracia. Pensemos en el ideal de Rousseau: él dice que sólo es democrática una sociedad donde ninguna persona es tan pobre que tiene que venderse a otra, ni ninguna persona es tan rica que puede comprar a otra. Por este criterio pienso que nuestras sociedades no son democráticas.

Lo que decimos es que, con gran lucidez analítica, debemos pensar que la democracia hoy es parte tanto de nuestro problema, como de nuestra solución. En cuanto parte de la globalización neoliberal es parte del problema, hay que criticarla y denunciarla. En cuanto parte de la globalización alternativa es parte de la solución.

Ahora, abordaré a la democracia como problema y después la retomaré como solución.

Mi tesis central es que no hay una sino varias concepciones de democracia. Lo que me parece más intrigante es que en los últimos 20 años hemos perdido una serie de concepciones de democracia que existían, las democracias desarrollistas, las democracias populares de los países del este, las democracias liberales representativas. Hoy en día parece que hay simplemente un concepto de democracia: la democracia liberal representativa, es decir, hemos perdido demodiversidad, y la lucha aquí es para recuperar y preservar la demodiversidad. Por eso propongo una serie de procesos analíticos que permitan eso. No lo hago solo teóricamente, lo hago basado en las experiencias concretas de pueblo y comunidades que en diferentes partes del mundo están reinventando la democracia, una democracia de alta intensidad, a través de iniciativas populares, de presupuestos participativos en tantas ciudades brasileras, de la planeación participativa de algunos estados de India, de las formas de democracia de Africa del Sur o de Mozambique, de las comunidades de paz como San José de Apartadó. Aquí tenemos una energía democrática muy fuerte – la responsabilidad de científicos y de líderes de los movimientos sociales es ver toda esta energía.

Entonces, ¿cuales son los problemas de la democracia representativa? El primer problema es que la democracia representativa liberal surge con el capitalismo y se basa en la idea de dos mercados: el mercado económico, donde se cambian valores que tienen precio; y el mercado político de las ideas e ideologías, donde se cambian valores que no tienen precio económico; y la democracia es de alguna manera esta tensión entre el mercado económico y el político, en el económico los empresarios luchan por controlar los trabajadores como ciudadanos y como consumidores; en el mercado político, la lucha es por el control de la vida ciudadana a través de las ideas. Por eso, la idea de mercado económico es muy importante, porque hay una segunda idea: que los ciudadanos en la democracia representativa no toman decisiones políticas, sino que eligen los decisores políticos. El voto tiene esta característica ambigua y muy intrigante, que es un acto de participación política que implica una renuncia a la participación política y por eso hay que analizarlo muy bien. En tercer lugar, esta democracia es una razón política formal de procedimientos, lo que no es grave en sociedades donde todos tienen asegurado su supervivencia, su seguridad, pero como vamos a ver, ese no es el caso de la gran mayoría de las poblaciones mundiales.

Entonces el problema de la democracia representativa tiene tres características, y vamos a ver por qué son problemáticas. Y hay una más: que es monocultural, es decir, no acepta criterios multiculturales de democracia, no acepta que las autoridades tradicionales de Africa o las comunidades indígenas de Latinoamérica puedan crear formas alternativas de democracia, y eso también es problemático. Los problemas son estos: por un lado, es una razón formal, es una idea de procedimiento, de reglas de la democracia que, como decía, no garantiza las condiciones de libertad para ejercer el juego democrático. O sea, que la supervivencia no está garantizada. Si la seguridad de vida no está garantizada, si no hay acceso a la información, para qué la libertad de votar, por qué la democracia representativa? El gran filósofo Franz Hinkelammert que vive en Costa Rica dice: una persona amenazada de muerte deja de ser libre independiente del contexto social en el cual viva. Entonces, tenemos que luchar por una política material, una política centrada en la vida: no hay una política progresista democrática que no sea centrada en el primado de la vida, es decir, que permita reproducir y desarrollar la vida humana en comunidad. Los criterios formales de democracia no hablan de estas cosas.

Por otro lado, este proceso, estas formas de democracia tienen un problema grave, y es que se mueve entre dos mercados, el económico y el político, que son “independientes”. Lo que ha pasado desde los años 80 hasta ahora es que el mercado económico empezó a contaminar al mercado político, el mercado político hoy en día es cada vez más económico, las ideologías desaparecieron, los votos y las posiciones políticas de los partidos tienen precio; lo que es la corrupción, que a veces es legal, como en el caso de los Estados Unidos. Entonces la democracia representativa se ha mostrado extremadamente vulnerable, a la fuerza de los grandes poderes económicos, y esto es el resultado del proceso que ha creado la contaminación entre el mercado económico y el político, que se refleja en las privatizaciones de los servicios públicos, las leyes de financiación de los partidos, la mediatización de la política. Todo esto, de hecho, ha dado un poder enorme a grandes actores económicos y sociales, que de alguna manera ejercen funciones políticas privadas. Hoy en día estamos casi en un Estado colonial, en donde el Estado no gobernaba las comunidades sino que dejaba que los caciques locales lo hicieran, el llamado *indirect rule*. Cuando el Estado privatiza el agua la compañía privada que va a controlar el agua tiene un poder político sobre los ciudadanos, el poder de la sobrevivencia de los ciudadanos, y esto es un asunto político, pero la compañía no es política sino económica. Entonces tenemos aquí un gobierno indirecto en que grupos económicos ejercen poder

político en nombre del Estado. El Estado dice que los regula, pero es rehén de esos intereses y por eso, a la vez que regula, es regulado por ellos.

En esta medida pasan dos cosas: primero, muchas de las importantes decisiones que afectan a los ciudadanos no pasan por el Parlamento, ni por los partidos, sino que pasan por las acciones de estos actores directos a través de las instituciones del Estado. Por otro lado, controlan las decisiones de los partidos políticos siempre que pueden. Por eso, en esta medida tenemos un sistema que está en una crisis tremenda, que a mi juicio difícilmente podremos resolver apelando a la democracia que conocemos hasta ahora. Y esta vulnerabilidad a los intereses económicos ha creado varias cosas: las poblaciones desechables, los no ciudadanos, los desplazados, la gente que no existe, que no está en el censo porque no tienen una dirección postal. Hoy hay muchas muertes civiles en los pueblos democráticos, y esto es lo más grave que podemos imaginar. Por otro lado, se elimina la participación ciudadana porque es una democracia tutelada, restringida, que siente en la participación ciudadana una amenaza. Y siempre que es posible, destruye las condiciones mismas de participación. Entonces, hay aquí también una crisis institucional que nosotros conocemos con dos patologías: la patología de la representación, en que los representados nos sentimos muy distantes de nuestros representantes; y la patología de la participación – no votamos, hay abstención que es galopante en todos los países.

Por eso, esta crisis tiene otra dimensión importante y es que los partidos, como podremos ver, que tenían una función integradora de las poblaciones, se transformaron hoy en día en sistemas de reclutamiento de élites para distribuir recursos y violan sistemáticamente sus promesas electorales invocando imperativos globales. ¿Por cuánto tiempo va a pasar esto? No sabemos, pero lo importante es que esta democracia representativa dejada sola, ha dejado de garantizar los supuestos de la participación de los ciudadanos, y por eso cuando los partidos violan sus promesas no hay nada por hacer. Lo intrigante es que esta democracia, con estos problemas, es exactamente la democracia que la globalización neoliberal está exportando a todo el mundo. Es una caricatura de la misma democracia liberal que existía en Europa y Estados Unidos, y esta caricatura que se está imponiendo, una democracia que antes se decía que tenía condiciones, que era necesario esto para que un país fuera democrático, no garantiza condiciones hoy, y la misma forma se va a imponer en todos los países.

Ahora vamos a hablar un poco de la democracia como solución; vamos a intentar ver dónde podemos buscar en la democracia una solución a nuestros problemas.

Voy a empezar esbozando algunas tesis, algunas conocidas, otras nuevas, para después dedicarme a cuatro problemas grandes: la relación entre democracia participativa y democracia representativa; la relación entre Estado y movimientos sociales; la relación entre partidos, movimientos sociales y asociaciones y la relación entre movimientos y movimientos. Esto es una tarea larga.

La primera tesis la conocen y es la lucha por la demodiversidad.

La segunda, es que hay que desarrollar criterios trans-culturales de democracia. No hay democracia: hay procesos de democratización y hay principios alternativos, culturales, que permiten a los campesinos, las comunidades negras, las comunidades indígenas, tener la autoestima de ser los productores de modelos democráticos incluyentes.

La tercera, es que las democracias deben ser jerarquizadas según su intensidad: hay democracias de baja intensidad y democracias de alta intensidad. ¿Cómo se define el criterio? y ¿qué es la democracia para nosotros? La democracia para nosotros es una cosa muy sencilla: es todo el proceso de transformación de relaciones de poder en relaciones de autoridad compartida. Y esto no sólo en el espacio público; también en la familia, en la calle, en la escuela, en la fábrica. Esta es nuestra idea. La democracia de alta intensidad es la democracia que sustituye relaciones de poder por más relaciones de autoridad compartida.

La cuarta, es que la democracia representativa tiende a ser una democracia de baja intensidad. ¿Por qué? porque es una isla de democracia que vive en un archipiélago de despotismos políticos y sociales. La democracia de baja intensidad nos pone dos retos: denunciarla como tal y proponer una alternativa. Lo que tenemos que hacer es democratizar la democracia.

La quinta, es que en muchas sociedades la democracia es de bajísima intensidad; no es baja, es bajísima. Estas son las ciudades, los países, donde

hay fascismo social, territorial, para-estatal; estas son las sociedades donde las democracias no tienen ninguna virtualidad redistributiva de riqueza.

La sexta, es que están emergiendo formas contra-hegemónicas de democracias de alta intensidad, a medias algunas. Hay que conocer sus capacidades, pero también sus límites. Uno de esos límites es que estas formas existen normalmente a nivel local pero no a nivel nacional y mucho menos a nivel global, y por eso la idea de la séptima.

La séptima, es sobre los límites: probablemente para superar esos límites es donde podemos encontrar una complementariedad entre democracia participativa y democracia representativa para superar los límites de escala.

La octava, es que no hay democracia sin participación y no hay participación sin condiciones de participación. Esto significa dos cosas. Primero: los que tienen condiciones de participar, como nosotros acá, tenemos una responsabilidad – la de representar solidariamente todos los que no tienen condiciones, todos los no ciudadanos, los que viven en la sociedad incivil, los desplazados las poblaciones “desechables”, los exiliados, los refugiados, los inmigrantes sin documentos, ilegales en Europa o cualquier parte. Segundo: los procedimientos de nuestra participación tienen que ser vistos desde la perspectiva de las víctimas del sufrimiento humano causado por el capitalismo neoliberal. Las víctimas intencionales o no intencionales, son los efectos de las leyes que dominaron la globalización neoliberal.

La novena, es que para desarrollar la democracia, tenemos que articular la democracia local con la nacional y la global; la tarea es re-fundar las Naciones Unidas, como decía Pedro Santana. Unas Naciones Unidas de los pueblos, de los movimientos y de las organizaciones y no solamente del Estado. Y ¿por qué? porque el fascismo social que se nota en las sociedades nacionales, se nota ahora en la sociedad internacional; porque un Estado demasiado fuerte llega a tener derecho de veto, sobre todos los Estados frágiles y todos los Estados son frágiles o débiles. Ya se ha visto como los países de la Unión Europea fueron débiles en la gestión de la guerra contra Irak. Son débiles en el Medio Oriente donde los Estados Unidos hacen la guerra y los países europeos pagan la cuenta de la reconstrucción de las casas; esta es la forma de fascismo internacional en la que estamos allá. Y por eso es muy importante, luchar contra la perversión de la democracia. Porque la democracia debe funcionar como forma de soberanía popular, nacional; pero

ahora mismo esta siendo ejercida para destruir la soberanía popular y la soberanía nacional.

La décima, es que los movimientos y las organizaciones sociales tienen un papel muy importante: el de fortalecer las democracias de alta intensidad. Pero esto no se puede hacer sin condiciones, o sea, no se puede hacer si las mismas organizaciones no son democráticas. La democracia se hace con demócratas y los movimientos y las asociaciones deben tener sistemas democráticos internos fuertes. Por otro lado los movimientos y asociaciones del sur dependen hoy de la financiación de los movimientos y las asociaciones del norte. Es importante que el apoyo financiero no se transforme en una sumisión antidemocrática.

La onceava, es que hay relaciones de colaboración con el Estado y es importante que estas relaciones sean transparentes, democráticamente construidas. No hay democracia sin una democracia de conocimientos, de saberes. Y esos saberes son varios, son distintos, son los de los pueblos, de los hombres, de las mujeres. Conocimientos prácticos, fácticos, no son técnicos, no son científicos. Una idea central en esta tesis es que no hay justicia social global sin justicia cognitiva global, o sea sin justicia entre los conocimientos, variedad entre los conocimientos. Y por eso es que hoy la educación popular es tan importante.

Y finalmente la subjetividad. Es muy importante recordar que nosotros no queremos ser masas, queremos ser sujetos. Pero esta es una idea central para nosotros: no hay sujetos privilegiados para la transformación social; sujetos son todos los que se rehúsan a ser objetos. Y así con estas ideas vamos entonces a ver un poco las relaciones entre democracia representativa y democracia participativa.

Mi tesis es que en las condiciones objetivas de nuestro tiempo, es posible crear una democracia de alta intensidad, combinando, articulando en una complementariedad confrontacional y creativa la democracia representativa y la democracia participativa. Hago unas precisiones: ¿Cuál es la distinción entre democracia representativa y democracia participativa? En la democracia representativa los ciudadanos eligen los decisores políticos; en la democracia participativa los ciudadanos toman las decisiones políticas. Pero no se debe polarizar demasiado esta distinción.

Primero: en la democracia representativa también hay participación. El voto es una participación. Y en la democracia participativa nosotros que hemos probado las formas de presupuesto participativo, por ejemplo en las ciudades brasileras como Porto Alegre, sabemos que la democracia participativa conlleva también ideas de representación: hay delegados. Hay concejales del presupuesto participativo, o sea, la democracia participativa contiene también formas de representación. Y por eso no hay que polarizar demasiado.

Segundo: los partidos son en muchos países una forma importante de asociación. Pero no son la única. Hay que luchar por aumentar la pluralidad de los procesos de asociación. Por otras formas de asociación en movimientos y asociaciones y por otras formas de participación además del voto. Los referendos, las consultas populares, los concejos de políticas públicas, las conferencias de consenso, las mesas de diálogo y controversia, la gestión municipal participativa – todo esto son formas de participación que pueden crearse en complementariedad creativa, en una relación virtuosa con la democracia representativa.

Pero esta complementariedad tiene condiciones. Primero, los partidos y el Estado tienen que tener un mínimo de credibilidad. Segundo, los movimientos sociales y asociaciones tienen que ser autónomos, no pueden ser emanaciones de partidos. Tercero, la complementariedad resulta siempre de la confrontación; nunca debemos pensar que la complementariedad va a ser pacífica.

Hay siempre posibilidades de confrontación. Por un lado, porque los partidos tienen una hostilidad inicial hacia los movimientos y asociaciones; se sienten amenazados por estos. Por otro lado, a las instituciones del Estado no les gusta ser transparentes porque esa es una lucha contra la corrupción y por eso tampoco les gusta la participación.

Así, la participación de los movimientos tiene que estar en tensión con la confrontación. Claro que la colaboración con los partidos es en algunos países institucional. Pero los movimientos y asociaciones tienen que mantener viva la posibilidad de una acción directa, una acción no institucional. Y hay que decir que los momentos más creativos de la democracia, a nivel mundial, desde hace mucho tiempo, son formas extraparlamentarias, extra-institucionales: marchas, huelgas, funerales (por ejemplo, en África del Sur, la lucha contra el apartheid), las marchas por la paz. Son formas densas e intensas de

democracia. Entonces, hay que mantener siempre abierta la posibilidad de una acción institucional y de una acción directa. Hay muchos ejemplos: el movimiento sin tierra de Brasil es un movimiento que se articula con el Estado, que recibe muchos subsidios del Estado, pero hace también invasiones de tierra.

Ambas cuestiones son muy importantes para los líderes y los activistas de movimientos sociales. Una de las ideas – y esto es clave – más peligrosas de la democracia representativa, que hay que superar con las ideas de la democracia participativa, es esta: un ciudadano común individualmente organizado puede, a lo sumo, tener conocimientos suficientes para describir un problema, pero nunca para promover una solución. Y esa es una idea que está muy enraizada en la estructura política y que parte de dos ideas: la profesionalización de la política en los partidos y la prioridad dada al conocimiento científico técnico.

En Porto Alegre fue interesante observar como los arquitectos y los ingenieros tenían dificultad de hablar con la gente, cuando decían “no esto no puede ser así, nosotros tenemos experiencia que para contener las aguas de la lluvia necesitamos de este tipo de tamaño de esta obra” y los ingenieros decían “pero en los manuales eso no está”. No eran técnicos, era el conocimiento de la experiencia.

Ahora bien, es necesario pasar de una tecno-burocracia a una tecno-democracia y para eso es necesario realmente una justicia cognitiva, una ecología de saber, un reconocimiento de la diversidad de los saberes.

El objetivo de la complementariedad es, por encima de todo, ampliar la agenda. Si ustedes revisan los talleres que puede haber en un foro social temático y los comparan con la agenda política del congreso aquí en Colombia o en Brasil o Portugal, verán que hay una discrepancia total entre las ansiedades, las aspiraciones democráticas que están aquí para ser debatidas y lo que pasa en los congresos. Entonces, lo más importante es ampliar la agenda política, y esto no puede venir desde dentro del Estado, porque el Estado está atrapado en su propia estructura; hay que traerlo desde afuera y ese afuera, es el de la democracia participativa.

Como la democracia representativa se ha tornado demasiado vulnerable a los intereses del mercado económico y político, cada vez más juntos y promiscuos, la democracia participativa trae otros valores de cooperación, de solidaridad. No es de filantropía, es de solidaridad ciudadana. Es esto a lo que

Rousseau llamaba la obligación política horizontal de ciudadano a ciudadano. Hay dos obligaciones políticas: una entre el Estado y el ciudadano y una horizontal entre los ciudadanos.

La democracia participativa puede tener otro objetivo: luchar contra actores privados. Por ejemplo, los sindicatos y el movimiento obrero han luchado contra actores privados cuando se privatiza el agua, cuando se privatiza la electricidad, los servicios fundamentales y básicos. ¿Cómo vamos a luchar contra violaciones de derechos humanos que no comprometen al Estado pero sí a actores económicos? Yo pienso que la democracia participativa puede ser muy útil en este sentido para crear un rol social alternativo que puede incluir toda la diversidad de las víctimas de la globalización neoliberal.

Sobre el Estado hay un debate en el Foro Social Mundial: hay quienes piensan que el Estado es obsoleto, que el Estado, con la globalización neoliberal, a perdido interés o está transnacionalizado, obedece a los imperativos neoliberales y nosotros no podemos, de ninguna manera, cooperar con ese Estado. Él es un enemigo o es irrelevante. Pero hay otros que piensan lo contrario. Y curiosamente, van de continente a continente. Es muy importante ver la diferencia de los movimientos sociales de Latinoamérica con los de Asia o África. Son realidades distintas. Quienes dicen que el Estado no es obsoleto, sostienen que ha cambiado en los últimos veinte años pero sigue siendo una relación social contradictoria. Es un campo de lucha, no hay que abandonarlo, hay que luchar. Son los que tienen una actitud pragmática. Yo pienso que, hoy en día, esa es la actitud. Hay que ser pragmático en el sentido de que el Estado puede ser potencialmente un enemigo o potencialmente un aliado.

Se ha visto, por ejemplo, la lucha por la biodiversidad en Colombia y Brasil. Hay momentos en que el Estado ha sido un aliado y después ha sido un enemigo. Otras veces hemos visto casos como, por ejemplo, la lucha de los U'was por su tierra sagrada y la explotación del petróleo. Una parte del Estado, la Corte Constitucional, parece ser amiga, mientras que el Consejo de Estado aparece como enemigo. Estas contradicciones dentro del Estado deben ser manejadas con sofisticación y lucidez. Por eso es importante mantener una actitud pragmática para que tengamos claro las razones y condiciones de colaboración entre las instituciones del Estado; porque hay situaciones en las que esa colaboración es posible.

En el Foro Social Mundial, hoy en día se reconoce que hemos pasado a la construcción de la alternativa que llamamos una globalización solidaria. Ahora, hay que entrar a la construcción de agendas alternativas y para eso, tenemos que tener otras armas políticas. Y, como digo, la confrontación con el Estado, la autonomía frente al Estado no impide la posibilidad de colaboraciones puntuales. Las complejidades modernas permiten definir muy bien los objetivos, los límites de la colaboración, y esto puede ser algo que, de alguna manera, va a contrarrestar la captura de las instituciones del Estado por parte de actores económicos muy poderosos.

Por eso el Estado es un novísimo movimiento social para nosotros. Hay que luchar por dentro y por fuera, porque es la única manera de evitar que haya una captura total de las instituciones. Por eso necesitamos un pluralismo democrático radical que pueda asumir varias formas, resistir contra la privatización de los servicios públicos, o encontrar alianzas para que, si están privatizados, haya una regulación efectiva. Por ejemplo en Inglaterra, hoy día, una lucha muy interesante es la que junta y articula los sindicatos y los consumidores de servicios públicos. Los sindicatos se aliaron con los consumidores para exigir el cumplimiento de las normas de regulación de los servicios privatizados. Son formas novedosas que deberemos atender.

Hay que estudiar, muy claramente, en esta cooperación con el Estado, en estas colaboraciones puntuales, la estructura de oportunidades políticas.

Las ideas centrales son estas: un sistema político tiene más aperturas o cierres, puede haber más o menos conflictos internos entre las elites. Las elites y las instituciones pueden estar más o menos propensas a la violencia. Puede haber más o menos posibilidad de alianzas entre los movimientos.

En cuanto a los partidos y los movimientos, hay una situación curiosa dentro del Foro Social Mundial: hay, de alguna manera, dos fundamentalismos. Hay fundamentalismos de partidos, por ejemplo, que piensan que la representación electoral coincide con el monopolio de la organización política. O sea, los movimientos y las asociaciones no tienen legitimidad. Y por eso toman una de tres actitudes frente a movimientos y asociaciones: los ignoran, los hostilizan o los manipulan.

De parte de los movimientos sociales, también proviene un fundamentalismo anti-partido, la idea de que cualquier colaboración y aproximación con los partidos, significa cooptación. Muchos tienen razones

para hablar de eso, pero debemos imaginar también que las situaciones son diversas de país a país. Hay algunos partidos que son el resultado de movimientos: el Partido de los Verdes en Alemania es el resultado del movimiento de los Verdes; el Partido de los Trabajadores en Brasil es el resultado de los movimientos. Entonces las situaciones son distintas. Pienso que las condiciones son objetivas para alguna cooperación quizás puntual y táctica, pero importante. Los partidos enfrentan una crisis de credibilidad, precisamente porque están perdiendo el control sobre la agenda política. La globalización neoliberal les impone y fuerza a los partidos a incumplir siempre todos los programas electorales.

Por eso pienso que entre los partidos y los movimientos es posible alguna cooperación, en algunos países, en algunas condiciones, bajo cuatro ideas. Primero, el reconocimiento de las diferencias organizativas y culturales entre partidos y movimientos; segundo, respeto recíproco por la autonomía; tercero, identificación clara de los objetivos de la colaboración; cuarto, apertura a transformaciones recíprocas como resultado de la colaboración. Si realmente seguimos en esta posibilidad de complementariedad vamos a ver una cosa muy importante y esa es la idea central que quería decir aquí: en la democracia representativa, representar no significa sustituir. Representar significa autorizar y exigir rendición de cuentas. A través del voto autorizo a que alguien me represente, pero después exijo rendición de cuentas. El problema de la democracia representativa es que, cuando mucho, funciona la autorización, pero no la rendición de cuentas. La única posibilidad que tenemos de exigir la rendición de cuentas es en la próxima vez de la autorización, es decir, en las siguientes elecciones. La democracia participativa puede ser un aporte importante para que la exigencia de rendición de cuentas pueda hacerse a los partidos. Pero esto es siempre dialéctico y obligará a los movimientos y las organizaciones a una cosa recíproca: también hay autorización y rendición de cuentas, y algunos de nuestros movimientos y organizaciones, hay que reconocerlo, a veces no están en mejor situación que los partidos.

Finalmente, en cuanto a las relaciones entre los movimientos, nosotros creamos la idea de una globalización y una democracia alternativa. Es curioso, porque esta idea empezó como una utopía, pensando en que otro mundo es posible, pero ¿qué mundo? El problema es que luchamos contra una utopía conservadora que dice una cosa muy clara que es herencia de la modernidad occidental, y es que sin radicalizamos el presente no hay utopías. Es la idea conservadora de que hay hambre y exclusión social en el mundo no como

resultado de la aplicación de las leyes del mercado, sino que son el resultado de que las leyes del mercado no hayan sido aplicadas radicalmente. Es una la utopía conservadora porque radicaliza el presente. Y nosotros hemos creado una utopía crítica que busca la emergencia de una alternativa a este presente.

Y por eso ha sido más importante para afirmar la idea de alternativa que definirla. Por eso, los movimientos sociales son más capaces de unirse que de separarse. Hay tantas distinciones entre movimientos: los temas, las actitudes políticas, las formas de práctica política, la acción colectiva, la cultura; pero nos acostumbramos a que es necesario unirse más que separarse. Pero es para realizar foros. Es necesario avanzar realmente hacia la segunda fase de construcción de agenda política, y no sólo cambiar los discursos del Banco Mundial o del FMI, porque ya se ha logrado, pero las cosas no han cambiado. Por eso realmente la utopía ahora tiene que entrar en una segunda fase que no es cambiar discursos, es cambiar agendas. Y para eso, ¿Esta diversidad enorme, esta capacidad de quienes nos juntamos aquí es suficiente? ¿No tendremos que crear una unión más profunda entre movimientos? ¿Cómo hacerlo si somos tan diversos? La idea es esta: hubo una intención en el pasado de resolver todo con una teoría general sobre el futuro, fuera socialismo o comunismo, o lo que fuera. Yo pienso que hoy no es posible una teoría general que incluya toda esta diversidad. Disculpen que lo formule así, pero pienso que nosotros en este momento no necesitamos de una teoría general, sino una teoría general sobre la imposibilidad de una teoría general. Tenemos que estar de acuerdo en que no es posible una teoría general, que ningún movimiento tiene la verdad revelada, que no hay movimientos privilegiados porque no hay sujetos históricos – todos somos históricos y son sujetos todos los que se rehúsen a ser objetos.

Esa es la idea y puede ser la manera por la cual podemos crear la posibilidad de una alternativa con los movimientos, pero ¿cómo si no hay una teoría general? Yo les propongo un trabajo de traducción, que es cómo crear inteligibilidad entre los movimientos y asociaciones para profundizar lo que tenemos en común, entre el movimiento feminista y el ecológico, entre el indígena y los foros civiles de derechos humanos, entre las luchas por la paz y las luchas de los homosexuales y las lesbianas. Para saber qué tienen en común hay que crear inteligibilidad, hay que traducir diferencias que no son negociables, y otras diferencias que son resultado de culturas distintas que se pueden aproximar. Y ahí podemos aumentar nuestra capacidad de traducción, entre la gente, entre formas de acción colectiva, entre saberes, para poder encontrar tácticas de articulación que no sean meramente coyunturales.

Nuestro objetivo es salir de una democracia tutelada, restringida, de baja intensidad para llegar a una democracia de alta intensidad que realmente haga que el mundo cada vez sea menos confortable para el neoliberalismo. Pero la realidad no cambia espontáneamente. En política para hacer algo hay que tener siempre dos condiciones: hay que tener razón a tiempo, en el momento oportuno; y hay que tener fuerza para poder imponer la razón.

Estoy seguro que en este foro tenemos razón a tiempo, es muy oportuno el momento y el lugar en el mundo donde nos encontramos. Y tenemos fuerza, nuestra fuerza no viene de la armas porque luchamos por la paz; viene de nuestros argumentos, de nuestra participación ciudadana, del entusiasmo, la consistencia y la sostenibilidad de nuestras movilizaciones, es la fuerza de los debates que vamos a tener aquí de donde pueden emerger redes críticas y propositivas para poner en la agenda política otra agenda, una agenda de desarrollo de hecho, en que la vida humana en comunidad, el primado de la vida, de la seguridad, de la sobrevivencia, sean centrales. Esa es una lucha que es una fuerza, no sé si esa fuerza será suficiente, pero si lo queremos será suficiente.